

La oportunidad

No le costó trabajo levantarse. Los rayos de sol aún no despuntaban a través de los orificios de la persiana y ya se encontraba correctamente ataviado. Un nudo en el estómago no le dejaba desayunar. Diez minutos después, peinado y perfumado, caminaba maletín en mano hasta la parada. Hoy, la hora no pisaba sus talones. Miraba una y otra vez impaciente las agujas del reloj. Ojeaba las noticias en el móvil para parecer interesante. Llegaba la hora. Una luna de cristal gigante se le acercó y paró ante sus pies.

-Buenos días –saludaba el conductor con un guiño de complicidad. Al fin y al cabo, lo veía a diario.

-Buenos días –decía Pedro mirando hacía el fondo en busca de posibles respuestas, mientras deslizaba su tarjeta por el lector.

Deambulaba por el pasillo a consecuencia de la inestabilidad que le ofrecía el vehículo en movimiento, y allí estaba, como todos los días, en el mismo lugar. Una chica de ojos claros, tímida y modesta, retiraba su mochila para que él tomara asiento. Él sólo respondía un desolado “gracias”. Ayer, por primera vez, ella le habló y él no supo aprovechar la oportunidad. Hoy sería diferente. Lo llevaba preparado. Había estado ensayando. La situación se repetía pero sus nervios nuevamente no le dejaron articular palabra. Ella, cogió su mochila y se acercó a la puerta para bajar. El autobús abrió sus puertas. Ella giró sutilmente la cabeza antes de bajar y le dijo:

-Me llamo Clara –y bajó apresurada.

Pedro no podía creer lo sucedido. Bajó en la siguiente parada. Pensaba en lo inútil que había sido por segunda vez. Había vuelto a meter la pata. Aún así se sentía afortunado de haber intercambiado unas palabras el día anterior.

Mañana tendría otra oportunidad y esta vez no la desaprovecharía pensaba llegando a la oficina.

Dos horas habían transcurrido de jornada laboral cuando sonó el teléfono.

-¿Sí? –contesta Pedro.

-Pedro, el jefe te espera en su despacho –responde Berta, la secretaria.

Subió nervioso, como si le fuera la vida en ello. Tocó dos veces en la puerta y con voz casi sin volumen dijo:

-¿Se puede? - dice Pedro.

-Adelante, Sr. García – respondió su jefe con voz firme –Siéntese. Ayer recibí los últimos informes desde la central y estaban plenos de elogios a su persona. Está entre las tres personas mejor valoradas de esta delegación y sus números son insuperables. Aún así, bien sabe que la empresa no está atravesando por unos buenos momentos desde la fusión y, los recortes, tarde o temprano, iban a llegar. He hecho lo imposible pero no ha podido ser. Siento comunicarle que está despedido. Pedro, sacó un pañuelo de su bolsillo, y secándose una pequeña y helada gota de sudor que resbalaba por su patilla, se levantó y se dispuso a salir.

-¿No dice nada?- preguntó, atónito su jefe. Pedro, con la mano en el pomo, giró su cabeza y contestó:

-Clara, se llama Clara.